RECUERDOS DE VIAJE

EN EL VALLE DEL CAUCA

El distinguido y sabio sacerdote Monseñor Rafael María Carrasquilla, Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, quien representó con gran lucimiento a Colombia en el centenario de la Batalla de Ayacucho, celebrado recientemente en Lima, ha tenido la inapreciable gentileza de conceder a esta revista el siguiente interesante reportaje:

—Ya que Monseñor ha escrito en *El Nuevo Tiempo* sus interesantes impresiones sobre el Perú, ¿tendría inconveniente en decirles algo a los lectores de *El Gráfico*, acerca de las ciudades colombianas que visitó a su regreso?

—No tengo inconveniente sino antes muchísimo gusto.

—Muy agradecido. Entiendo que desembarcó en Buenaventura.

—Sí, señor, en la grata compañía de los doctores Guillermo Valencia, Antonio José Restrepo, y José Manuel Saavedra Galindo; pero no alcanzamos a estar allí sino media hora escasa, antes de tomar el tren expreso que, con suma galantería nos ofreció el doctor Arcila, ingeniero del ferrocarril; pero a mi vuelta me demoré un día entero, y creo haberme dado cuenta de la ciudad.

—Aquí se habla muy mal de Buenaventura.

—Es verdad. Hay muchos colombianos que tienen el prurito, desconocido en otros países, de hablar mal de su patria y de no encontrar aceptable nada de lo que tenemos. A mí me habían pintado a Buenaventura como la antesala del purgatorio.

—¿Y cómo le resultó?

—Una población alegre y aseada, con una calle de un kilómetro de largo, ancha, bien pavimentada, con casas altas y bien provistos almacenes en una y otra acera.

—Pero el clima....

—Tan caliente como el de los demás puertos de nuestras costas, aunque refrescado por frecuentes y agradables brisas. El médico del Puerto, doctor Navia, me informó de que hace mucho tiempo no hay allá enfermedades epidémicas.

—¿Y los mosquitos....?

—Aunque dormí con la ventana abierta, ni uno de ellos tuvo la galantería de entrar a darme la bienvenida.

—Se ha hablado aquí de un hotel que están construyendo.

—Y que está casi terminado y se dará al servicio del público dentro de pocas semanas. Es un edificio amplísimo de cemento armado, de dos pisos altos y con todas las comodidades de la vida moderna, inclusive baños de mar.

—¿Y la bahía a donde no pueden entrar los buques, y el muelle que no satisface y en que se han malbaratado, según se ha dicho, los caudales públicos?

—La bahía es muy hermosa y abrigada, y el mar enteramente tranquilo. Sobre el muelle, le observaré ante todo, que es el único que existe después de salir de Panamá en toda la costa del Pacífico; pues para llegar a Guayaquil, al Callao y a Valparaíso, se necesita trasbordar a una lancha.

—¿Y cómo es el muelle?

—Muy sólido, de cemento armado, bastante largo para que atraquen a él dos grandes vapores de cada

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

lado; y tan ancho que por él pasan los trenes y queda a los lados suficiente espacio para las carretas de mano y las gentes de a pie. En el extremo del muelle hay una bodega donde caben varios miles de toneladas de carga. Una inscripción a la entrada, recuerda que fue construído en la administración del doctor Ignacio B. Rengifo, con fondos del departamento.

—¿De manera que el muelle satisface plenamente las necesidades de aquel puerto?

—No señor, se necesita prolongarlo unos ochenta o cien metros para que quepa mayor número de barcos, y es indispensable dragar los costados del muelle, con el fin de que los vapores puedan llegar a él en la bajamar, lo que no siempre se consigue ahora porque las mareas en el Pacífico son muy sensibles.

—¿Los habitantes cómo se portaron con usted?

—Un gran número de personas salió a recibirnos al puerto, con una banda de música que tocó a nuestra llegada el Himno Nacional y nos condujo a la fonda, limpia y bien servida, de un caballero español. Por lo tocante a la instrucción primaria....

—Ese es punto muy importante.

—Se me presentaron por la tarde en el hotel, dos hermanas de la caridad de san Vicente de Paúl, dos damas, con porte de princesas al través del hábito, a rogarme les aceptara la hospitalidad durante aquella noche. "No podemos ofrecerle comodidad alguna, pero tenemos el Santísimo Sacramento en nuestra capillita, y se nos figura que un sacerdote está mejor en el silencio de una casa religiosa que en la baraunda de un hotel."

—Por supuesto Monseñor aceptó....

—Claro está que sí. Me dieron el aposento más pulcro que usted pueda imaginarse. Al día siguiente

les dije misa, les di la comunión y les acepté un espléndido almuerzo.

—En qué se ocupan esas hermanas?

—Dirigen la escuela pública. Por la mañana, vi llegar las trescientas niñas, la mayor parte de raza africana, huérfanas muchas de ellas, y que han encontrado en las religiosas las más suaves y diligentes de las madres. Quise saber sus nombres, y me resultó que una de ellas es Mosquera y la otra Vásquez Cobo. Y yo pensaba, que se ataca a las comunidades religiosas en nombre de la igualdad republicana.

—¿Qué obras, a juicio de usted, son más urgentes en Buenaventura, considerando que aquel es el puerto más importante que tiene Colombia en el Pacífico?

—Además de las mejoras en la bahía de que le hablé hace un momento, la ciudad necesita reemplazar la aduana, que es un edificio de tablas, por otro digno de su objeto, una iglesia mejor que la pobrísima que hoy existe, y un hospital moderno para los trabajadores del ferrocarril y para los enfermos pobres.

—¿Y el ferrocarril del Pacífico?

—Es una obra que sorprende, muy honrosa para todos los que han figurado en su construcción y para los ingenieros colombianos que la han llevado a término.

—¿En qué está lo sorprendente de la línea?

—Usted conoce el capítulo de Isaacs «Subiendo el Dagua.» Aquel río corre encajonado entre dos peñas de trescientos metros de altura, casi cortados a pico; y por una cornisa que va pasando de uno a otro peñasco por medio de grandes puentes de hierro, sube el ferrocarril, con el talud abrupto de un lado y el abismo vertiginoso al otro lado; sube jadeando, y los ecos

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

de las dos montañas repiten los resoplidos de la locomotora.

—¿Del Valle del Cauca?....

—Se ve por primera vez cuando úno va descendiendo de la Cumbre. No cometeré la tontería de describírselo, después de las pinturas que de él han hecho tantos poetas desde don Andrés Bello para acá; después de que usted ha leído desde niño «La María.» Sólo le diré, que me vino a la memoria la frase que Milton pone en boca de Satanás, cuando el príncipe de las tinieblas alcanza a divisar por primera vez la mansión de nuestros primeros padres: «¡Oh, tierra, cuánto te asemejas al cielo!»

—¿Qué impresión le causaron las ciudades del Valle del Cauca?

—Que están en pleno progreso, comunicadas no sólo por el ferrocarril, sino por espléndidas carreteras. Cali puede ser con el tiempo la primera ciudad del Pacífico, porque aventaja a las demás en la hermosura y fecundidad de su suelo, lo templado y salubre de su clima, y porque ninguna la supera en la cultura y hospitalidad de sus hijos.

—¿Cuáles otras ciudades conoció usted?

—Palmira, que apenas tiene un siglo de existencia, crece rápidamente y tiene elementos muy grandes de prosperidad. Allá visité el ingenio de «La Manuelita,» el segundo de Colombia después del de «Sincerín,» y la magnífica fábrica en que se elabora el tabaco en todas sus formas.

—¿Estuvo también en Buga?

—Sí señor, y en varias de las haciendas de aquella región magnífica. Gocé de la tradicional hospitalidad caucana en las fincas de mi respetado amigo doctor Luis Felipe Campo, de mi ilustrado discípulo doctor

Ciro Molina Garcés, de mi cariñoso pariente Manuel Antonio Vergara. Con razón el cardenal Ragonesi apellidó a Buga la ciudad señora. El templo recientemente construido por los Padres Redentoristas, para guardar la imagen milagrosa del Señor Crucificado, es uno de los más hermosos de Colombia.

—Vi en los periódicos que usted había estado muy atendido en el Valle.

—Así es la verdad y no la oculto, no por vanidad que sería ridícula en un anciano y en un sacerdote, sino porque ello prueba la hermandad que felizmente reina entre todos los hijos del Rosario, sin distinción de origen, de edad, de opiniones políticas. En Cali estuve hospedado en casa del doctor Saavedra Galindo, a quien debo tántas muestras de sincera amistad y de filial cariño.

Iba a interrogar a Monseñor Carrasquilla sobre las ciudades de la Costa Atlántica, cuando sonó la campana que lo llamaba a sus obligaciones de Rector.

Me despedí entonces del ilustre sacerdote, dándole las más efusivas gracias por la generosa distinción que ha tenido para con esta Revista.

(De *El Gráfico*).

Universidad del Rosario | Archivo Histórico